

Las Memorias de Kissinger

HENRY KISSINGER: *Les années orageuses*, 2 vols., París, Fayard, 1982.

Se ha dicho, por parte de un crítico norteamericano, que las Memorias de Henry Kissinger dedican prácticamente alguna página a todos los días de su gestión política, con lo que el resultado, como es lógico, alcanza una desusada longitud. No es que sea exactamente así, pero, desde luego, las Memorias de quien fue secretario de Estado de la nación más poderosa del mundo no resultan precisamente un libro de bolsillo. Y, sin embargo, lo cierto es que tampoco viene a ser, de ninguna manera, un texto que al lector se le haga insopportable. Más bien sucede lo contrario: por el interés de los temas tratados y por el carácter inmediato de los mismos, las Memorias de Kissinger se leen a veces (no, en cambio, cuando trata de la cuestión endiabladamente complicada del desarme) como una novela policiaca. A ello, desde luego, ayuda la indudable capacidad como escritor de Kissinger. Reúne, en efecto, las cualidades que uno desearía ver en los redactores de manuales universitarios: capacidad para ordenar de modo lógico procesos complicados en los que es difícil a veces encontrar un hilo conductor, don de la ironía que se ejerce no sólo con respecto a los protagonistas de su libro, sino con respecto a sí mismo y voluntad de trascender los acontecimientos concretos para explicarlos en contextos más amplios o de hacerlo en un marco teórico apropiado.

El propio Kissinger cuenta el diferente clima con el que se produjo su llegada al puente de mando de la política exterior norteamericana en el primer período presidencial de Nixon y el que le tocó vivir después de su reelección. Fueron, efectivamente, para él «Años tormentosos» como él mismo titula esta segunda parte de sus Memorias. La etapa anterior *había* sido para él la del planteamiento de una nueva política exterior, de juvenil entusiasmo, por tanto; ahora vinieron los problemas y por ello descubrió la madurez en una etapa en la que los problemas no venían tan sólo de las circunstancias de la política exterior, sino sobre todo de la necesidad de preservar a esta última de los desastres producidos en la interior. Había pensado que, sentadas las bases de una nueva política internacional en el primer período de la presidencia de Nixon, ahora sería posible desarrollarías de una manera consistente. Se encontró, por un lado, con que finalmente pasaba de ser tan sólo consejero del presidente de los Estados Unidos a convertirse en bastante más que eso: en secretario de Estado y, como tal, máximo responsable de la política exterior de los Estados Unidos. Por un extraño concurso de circunstancias se convirtió en el primer nacido fuera de los Estados Unidos que asumía tan relevante papel. Pero, al mismo tiempo, dadas las pecu-

liaridades del momento, curiosamente se encontró con que sus relaciones con quien le había nombrado se modificaban en sentido negativo. Es cierto que Nixon le había nombrado, pero lo hizo sin calor ni entusiasmo, se mostró receloso de sus buenas relaciones con la prensa a lo largo de todo su mandato y trataba periódicamente de demostrarle que dependía en todo del apoyo presidencial. A esta especie de emulación había que añadir una dificultad suplementaria que nacía de la creciente despreocupación de Nixon por la política exterior por la sencilla razón de que estaba demasiado agobiado por las incidencias de Watergate como para pensar tener un protagonismo en aquel terreno que, por otra parte, de forma casi imperceptible el propio Kissinger le había arrebatado.

Describir el punto de vista de Kissinger sobre la multiplicidad de acontecimientos que le tocó vivir desde un puesto privilegiado y decisivo sería una tarea prácticamente imposible y cuyo resultado final además resultaría contraproducente, porque, en definitiva, alcanzaría un resultado obligadamente pálido ante la propia lectura del libro. Sin embargo, lo que sí, en cambio, puede tener sentido es referirse a aquellos aspectos de la situación internacional que Kissinger vivió, que analiza *iz posteriori* magistralmente y que siguen siendo una realidad del mundo presente, transcurrida ya una década desde el momento en que se produjeron.

Partamos del planteamiento que Kissinger hace de la realidad de la política internacional. En su discurso de agradecimiento por la concesión del Premio Nobel de la Paz afirmó que «para el realista la paz representa un acuerdo estable entre las potencias; para el idealista, un objetivo tan preeminente que disimula la dificultad de los medios que permiten alcanzarla». En otro momento afirma que para los liberales norteamericanos de su tiempo la política exterior era una cuestión de psiquiatría, mientras que para los conservadores lo era de teología. La postura de Kissinger estuvo asentada durante toda la época en que tuvo la responsabilidad de la política exterior es-

tadounidense desde luego en el realismo y, además, en el repudio a la vez de una versión «psiquiátrica» o «teológica». La izquierda de su país ha tendido históricamente al aislacionismo porque suele ver en toda empresa exterior una ambición imperialista que acaba por poner en peligro los principios ideológicos en los que se basa la propia Constitución; no tiene en cuenta, en definitiva, que no se puede renunciar a ejercer como super-potencia si realmente se tiene el poder que a este tipo de naciones les corresponde, y que constituye un acto de suprema ingenuidad el no tener en cuenta que existe una estrategia mundial a largo plazo en la que se juega no sólo la determinación de unos ámbitos de poder, sino también la posible vigencia de principios como la libertad y la democracia. Kissinger parece pensar también que una versión excesivamente ideológica (o «teológica») de la política internacional es contraproducente en cuanto que se basa en dogmas y no en realidades y resulta incapaz de adaptarse a los cambios de circunstancias internacionales. La política internacional obedece, por tanto, a reglas y a circunstancias cambiantes, que siempre han de ser tenidas muy en cuenta. Típico, por ejemplo, de Kissinger es el planteamiento de las relaciones con China y con Egipto. Ambos eran supuestos enemigos antes de que Kissinger estuviera al timón de la política internacional norteamericana. El éxito de Kissinger consistió, con respecto a la primera, tal y como lo relata en la primera parte de sus Memorias, en descubrir, al margen de las diferencias ideológicas, que China temía ante todo a la Unión Soviética y que, por tanto, podía constituir un instrumento decisivo para el equilibrio internacional de poderes. Con respecto a Egipto, Kissinger, en esta segunda parte de sus Memorias, descubre que la guerra provocada por Sadat no era producto de una decisión arriesgada, ni del enloquecimiento de sus dirigentes, ni siquiera de la creencia en la posibilidad de una victoria propia, sino exclusivamente de necesidad de lograr un grado suficiente de confianza en sí mismo como para poder ponerse a negociar. Además, Kissin-

ger fue consciente de que no se podía dejar en las manos de Israel la posibilidad de llegar a un acuerdo en el Oriente Medio, como de hecho podría haber sucedido si se hubiera dado al Estado judío un apoyo sin reservas. De ahí nació la posibilidad de una paz que probablemente el secretario de Estado norteamericano juzgó como el mayor éxito de su gestión.

Por supuesto, el objeto primordial de las Memorias de Kissinger (en esta segunda parte como en la primera) son las relaciones Este-Oeste. Para el historiador tendrá siempre un valor perenne el testimonio de personaje tan decisivo como Kissinger, pero para el lector actual hay tres cuestiones que, por sus indudables concomitancias con la situación actual, tienen una indudable trascendencia: la posición de la Unión Soviética, el peligro de que un deterioro interno afecte seriamente a la política exterior de una gran potencia (en definitiva, el caso Watergate) y, en fin, la dificultad de conseguir el mantenimiento de los acuerdos a los que se llega con una potencia totalitaria, tal y como sucedió en Indochina.

La posición internacional de la Unión Soviética con respecto a los Estados Unidos parece, según la descripción de las Memorias de Kissinger, tener como fundamento una mezcla de temor con voluntad de emulación. Los soviéticos, obviamente, deseaban la distensión, pero según Kissinger (y su juicio vale para entonces, pero también para ahora), la URSS y sus dirigentes nunca se podrán ver libres, por formación ideológica, de la conciencia de que la política internacional no es cuestión de principios, sino de correlación de fuerzas y que, si hay algún principio, es precisamente el logro de una revolución universal en la que a ellos les corresponda constituirse en el poder hegemónico y aun único del mundo. En nada afectados, a diferencia de lo que sucede con las potencias democráticas, por la opinión pública, los dirigentes soviéticos pueden seguir con paciencia y tenacidad bovina una actividad incansable en la que poco a poco van consiguiendo nuevas parcelas de poder que, al convertirse en naciones totalitarias, re-

sultan irreversibles. ¿Cuál es, en estas condiciones, el tipo de política que con respecto al régimen soviético es preciso seguir, a partir de los presupuestos de Kissinger? Hay un momento, en esta segunda parte de sus Memorias, en que el ex secretario de Estado norteamericano, nos lo dice. La segunda guerra mundial, afirma, se produjo como consecuencia de que las democracias concedieron al agresor totalitario (en este caso la Alemania de Hitler) una superioridad, aunque sólo fuera temporal, en el terreno militar, al mismo tiempo que parecían ser incapaces de entender sus designios. Esta sería una primera circunstancia a evitar. Pero todavía existe otra: la primera guerra mundial estalló porque, aun existiendo la paridad militar, los gobernantes de los países democráticos perdieron el control de los acontecimientos y no evitaron, en consecuencia, un conflicto que hasta el final podía haber sido ahorrado a la humanidad. En definitiva, lo que Kissinger buscaba estaba precisamente en conseguir, por un lado, la equiparación militar, pero, además, mantener un dominio sobre los acontecimientos que la convirtiera en capaz de evitar un conflicto. Este será siempre un problema decisivo para cualquier país democrático en el futuro y no sólo en el pasado inmediato. Como lo será también, en segundo lugar, la posibilidad de que un régimen democrático pierda partidas decisivas en el tablero internacional como consecuencia de la situación interna. Toda democracia, dice Kissinger, se basa en un ajustado sistema de confianza entre los poderes. Con Watergate se quebró la confianza recíproca en Estados Unidos entre el ejecutivo y el legislativo. Este no podía decidir la política exterior del país, pero podía, en cambio, vetar la de la Presidencia, como lo hizo en repetidas ocasiones al recortar los gastos de defensa, impedir los bombardeos en Vietnam y Camboya o, con el deseo de provocar la salida de Rusia de emigrantes judíos, provocar una presión, que, a medio plazo, se demostró absolutamente contraproducente. El legislativo vetaba, y lo hacía porque sabía que la opinión pública norteamericana concebía los acuerdos de París

sobre la guerra en Indochina no como una tregua, sino como la consecución definitiva de la paz. Mientras tanto, el equipo del presidente Nixon se desintegra en la descomposición más absoluta. La situación de Kissinger debió de ser patética, y en más de una ocasión a lo largo de la lectura del libro consigue transmitírsela al lector. Su preocupación fundamental era el lograr mantener la respetabilidad internacional de los Estados Unidos como gran potencia. Pero la crisis de Vietnam y de Watergate fue lo suficientemente grave como para que no lo consiguiera y, en consecuencia, llegaría a poner en peligro los avances en la tensión conseguidos a través de pacientes negociaciones.

A ello coadyuvó, finalmente, el comportamiento del Vietnam del Norte, que radicalizaba hasta el máximo el habitual comportamiento de la Unión Soviética. Kissinger se confiesa impotente para lograr hacer con los vietnamitas lo que consiguió hacer con los chinos: conseguir establecer un cierto clima de confianza con ellos, que, si no era lo mismo que la amistad, al menos constituyía un principio de entendimiento. Nada de ello fue posible con el Vietnam del Norte, que, según Kissinger, puede ser reputado como el campeón del mundo en el incumplimiento de la palabra dada por escrito. Los vietnamitas llegaron a violaciones tan flagrantes del armisticio como para afirmar que portaban alimentos y medicinas al Sur... ¡llevándolas en tanques! Pero, debido a su grave crisis política interna, los Estados Unidos no estaban en condiciones de reaccionar: su propio presidente no sólo carecía de fuerza política para hacerlo, sino incluso de fijeza en el ánimo para afrontar tan grave problema. Lo más trágico del asunto es que el armisticio podía haber llevado a una paz duradera sin actuaciones imperialistas de los norvietnamitas, pero sólo si la posición de los Estados Unidos hubiera sido

fuerte y no hubieran dudado en emplear la fuerza para hacer imposible la violación, por parte del adversario, de las condiciones pactadas. El resultado final fue que una guerra que se consideraba «inmoral» por su planteamiento, desde el punto de la política interna norteamericana, tuvo un resultado no sólo inmoral, sino catastrófico para la libertad de centenares de miles de personas. Más todavía: con independencia del genocidio en Vietnam del Sur o en Camboya, el desenlace de lo ocurrido en Indochina proporcionó a la humanidad en la década siguiente una amplia ofensiva geopolítica de la Unión Soviética y un decenio de seguridad internacional. El problema de tratar con los países de instituciones totalitarias es que hay que dosificar sabiamente la garrota y la zanahoria, pero que, sin una y otra, es absolutamente imposible mantener una política exterior con esperanzas de éxito o incluso estabilidad. Kissinger reflexiona melancólicamente sobre la escasa fragilidad de los regímenes totalitarios, mientras que los autoritarios tradicionales tienen infinitamente menos capacidad por su carencia de fuerza o de ideología para resistir al adversario, que suele ser totalitario. Pero, muchas veces, esta diferencia entre autoritario y totalitario no puede ser bien entendida por la opinión pública en los países democráticos, que condenan a los primeros y no son capaces de ver en los segundos el peligro de la mayor permanencia.

Las Memorias de Kissinger siempre dejarán al lector el recuerdo del ejercicio del poder por parte de una mente lúcida e irónica. Pero, además, por lo menos en estos tres aspectos reseñados, aportan más que eso: recuerdan, en definitiva, algunos principios en los que se basa la política internacional del presente.

JAVIER TUSELL